

semilla que Dios siembra y necesita ser cuidada con esmero, paciencia y responsabilidad. Debemos orar, como dice Cristo, para que el dueño de la mies envíe operarios a su mies. Y debemos trabajar con sabiduría y constancia conscientes de que Dios hará fecundo el trabajo de nuestras manos.

Queridos diocesanos: al tiempo que os anuncio la visita pastoral, os pido que todos seamos dóciles a la acción del Espíritu de Dios que conduce la Iglesia con sabiduría para que vosotros y yo, en perfecta comunión de fe y caridad, sirvamos a la Iglesia de Segovia con la actitud de Cristo que vino a dar vida y vida en abundancia.

Que Santa María la Virgen de la Fuencisla y bajo su amparo en las numerosas advocaciones de la Diócesis de Segovia nos contagie su prisa por llevar a Cristo a los demás y nos enseñe a descubrir las necesidades de los hombres con su intuición y sabiduría de Madre.

+ César A. Franco Martínez
Obispo de Segovia



Visita pastoral y misión de la Iglesia

El pasado 29 de Junio, solemnidad de los santos apóstoles Pedro y Pablo, firmé un decreto por el que se inicia una nueva organización de la diócesis con el fin de distribuir el clero según las necesidades actuales y trabajar pastoralmente al servicio de una mayor comunión eclesial. En esta nueva andadura, destaca la figura *del arcipreste/vicario foráneo*, que, ayudado por vicarios parroquiales, tiene jurisdicción en aquellas parroquias que se le encomiendan como párroco. Esta experiencia ha comenzado *ad experimentum por tres años* en el arciprestazgo de Sepúlveda-Pedraza, constituido por cincuenta parroquias.

Con el fin de acompañar este proceso de forma más cercana y ayudar a su consolidación, he decidido realizar a dicho arciprestazgo la visita pastoral en este próximo curso pastoral, y, si es posible, hacerla extensible al arciprestazgo de La Granja-San Medel que cuenta con veintiocho parroquias y donde se han unido bajo el cuidado de un solo párroco y tres vicarios parroquiales núcleos fuertes de población. De esta manera, podré conocer de modo más directo las urgencias y necesidades de estas zonas de la diócesis y animar a sacerdotes y fieles en la tarea evangelizadora.

El inicio de un Plan Pastoral diocesano para un nuevo trienio es también una ocasión propicia para seguirlo más de cerca y verificar su implantación. Pido a toda la diócesis y, especialmente, a las comunidades de vida contemplativa que oren al Señor por el fruto de la visita pastoral y nos conceda a la iglesia de Segovia la gracia de la renovación y santificación de todos sus miembros. Encomiendo todas estas tareas a la Virgen de la Fuencisla para que todos vivamos de la fe que hizo de ella el icono perfecto de la Iglesia.

1. Llamados a la santidad.

El Papa Francisco ha dirigido a la Iglesia Universal una exhortación apostólica —*Gaudete et Exsultate*— que nos invita a vivir la santidad bautismal. Todos los cristianos somos santos por el bautismo que nos incorpora a Cristo y nos convierte en el Pueblo propiedad de Dios. La santidad es la primera exigencia del bautismo: Dios «nos quiere santos y no espera que nos conformemos con una existencia mediocre, aguada, licuada» (GeE 1). En la situación actual de la sociedad, el método más fecundo de evangelización es que todos los cristianos brillamos como luz en la oscuridad y vivifiquemos el mundo con la sal del evangelio. El testimonio de una vida santa, unidos por la caridad, y alegres en medio de las dificultades, atraerá hacia la Iglesia la admiración y el interés de quienes buscan la verdad, como ocurrió en la primitiva Iglesia: los cristianos «alababan a Dios y eran bien vistos de todo el pueblo; y día tras día el Señor iba agregando a los que se iban salvando» (Hch 2,47).

La santidad es tarea de toda la vida. No se alcanza de la noche a la mañana ni debemos desalentarnos por lo que cuesta lograrla. Nunca podemos decir que es para un grupo de selectos, dado que todos los cristianos contamos con los medios que nos da Cristo a través de su Iglesia para llegar a ser perfectos como nuestro Padre del cielo (cf. Mt 5,48). La visita pastoral busca precisamente esto: alentarnos en el camino a la santidad. El obispo, como sucesor de los apóstoles, os confirmará en la fe que poseéis y, con vuestros sacerdotes, os señalará el camino para vivir en vuestras comunidades como los santos «de la puerta de al lado» (GeE 7) que reflejan la santidad de Dios en medio de la gente y la de la vida ordinaria.

Sabemos bien que en ocasiones los cristianos dejamos mucho que desear. No vivimos lo que creemos. Pero también sabemos que la gracia de Dios puede cambiarnos, como ha ocurrido con grandes santos en cuyas vidas se ha hecho realidad que «la santidad es el rostro más bello de la Iglesia» (GeE 8). Rechacemos la mediocridad, la espiritualidad de mínimos. Vivamos vigilantes ante el peligro de la *corrupción espiritual* de la que nadie estamos exentos y que es «peor que la caída de un pecador, porque se trata de una ceguera cómoda y autosuficiente donde todo termina pareciendo lícito: el engaño, la

No quiero terminar esta carta sin agradecer a todos los sacerdotes, y en especial a quienes atienden las parroquias que visitaré, su valioso y, en ocasiones, duro ministerio. Por expresa voluntad de Cristo, la Iglesia no puede existir sin el ministerio sacerdotal que hace presente a Cristo, Pastor del pueblo cristiano. No podemos dar la espalda al grave problema de nuestra diócesis que es la escasez de vocaciones al sacerdocio. De ahí que la pastoral vocacional sea una prioridad y urgencia pastoral constante. Cada sacerdote que muere no tiene relevo. Dentro de pocos años, muchos pueblos en los que ahora vive un sacerdote, quedarán sin él. Por eso, al tiempo que agradezco a los sacerdotes segovianos y a los que nos ayudan de otros países su trabajo pastoral, invito a las comunidades cristianas a valorar el ministerio sacerdotal sin el que la Iglesia no podría edificarse ni sostenerse en el futuro. Gracias al sacramento del orden, el sacerdote predica, celebra los sacramentos y pastorea a su pueblo «en nombre de Cristo Cabeza». Es el hombre que representa a Cristo, a pesar de sus debilidades y pecados. El que celebra la eucaristía y administra el perdón. El Siervo de Cristo y, por esta razón, siervo de los hombres.

Promover las vocaciones sacerdotales es prestar atención a los niños, adolescentes y jóvenes, allí donde existen. Deber ser destinatarios privilegiados de la acción pastoral, no para inculcarles una vocación que no tengan, sino para descubrir si el Señor les llama a identificarse con él y con su hermosa tarea de pastor que da la vida por su pueblo.

Al visitar las parroquias, dedicaré tiempo a reflexionar sobre este tema con los grupos parroquiales y, allí donde hubiere, me reuniré también con niños, adolescentes y jóvenes para ayudarles a vivir con proyección vocacional, sabiendo que en toda persona existe un designio de Dios que debe descubrir si aspira a ser feliz cumpliendo la voluntad de Dios en el camino que le muestre.

No dejemos de orar por las vocaciones al ministerio sacerdotal y a otros estados de vida cristiana. Es mucho lo que nos jugamos y no podemos cruzarnos de brazos ante los problemas de la Iglesia. No buscamos soluciones fáciles ni recetas mágicas. Las vocaciones nacen en las familias y comunidades cristianas. Se generan en ellas como una

despoblación ha hecho estragos y las comunidades han quedado muy reducidas. Quienes las habitan, sin embargo, están orgullosos de sus pueblos donde vieron la luz, formaron sus familias y han realizado su vida con esfuerzo, ilusión y esperanza. Ese pequeño pueblo es también una pequeña comunidad cristiana que hace presente la Iglesia de Cristo en un determinado lugar. Aunque no siempre pueda celebrar la eucaristía, por escasez de sacerdotes, es la casa de Cristo, que reza, confiesa la fe y practica la caridad. Aunque sea pequeña la comunidad, el amor puede ser grande y el testimonio atractivo y luminoso. También a vosotros os dice el Papa Francisco: «A los cristianos de todas las comunidades del mundo, quiero pedir os especialmente un testimonio de comunión fraterna que se vuelva atractivo y resplandeciente. Que todos puedan admirar cómo os cuidáis unos a otros, cómo os dais aliento mutuamente y cómo os acompañáis: “En esto reconocerán que sois mis discípulos, en el amor que os tengáis unos a otros” (Jn 13,35)» (EG 99).

Os invito a vivir así la caridad de forma que, como comunidad cristiana, seáis siempre «una luz que atrae» (EG 100). Aunque no haya un sacerdote viviendo entre vosotros, recordad que poseéis el sacerdocio del bautismo que os capacita para hacer todo en el nombre del Señor. Vuestra vida será así el «culto espiritual» (Rom 12,1) que agrada a Dios porque cada uno de vosotros ofrece su vida a Dios, en la familia, en el trabajo, e incluso en la soledad, y la convierte así en el sacrificio agradable que, unido al de Cristo, es salvación para el mundo. Evitad las discordias, envidias, murmuraciones, todo aquello que divide y produce tristeza y luchas entre hermanos. Vivid ceñidos por la caridad para que Cristo habite en vuestros corazones y se extienda su verdad al resto de los hombres. Pido a Dios que mi visita pastoral sirva para que cada parroquia, por pequeña que sea, alabe a Dios por su existencia y descubra —o redescubra— la belleza que irradia su presencia en nuestro mundo.

5. El pueblo de Dios necesita sacerdotes

calumnia, el egoísmo y tantas formas de autoreferencialidad» (GeE 164).

2. No vivimos aislados: somos Pueblo de Dios.

La visita pastoral hace patente que ninguna parroquia o comunidad vive aislada. La presencia del obispo nos recuerda que estamos insertos en la Diócesis y en la Iglesia universal gracias a la sucesión apostólica. Formamos una cadena que se remonta a los apóstoles y a Cristo. Esta verdad debe llenarnos de alegría, esperanza y gratitud. Pertenece al Pueblo de Dios que nos sostiene en esta vida con la Palabra, los sacramentos y la caridad mutua.

Gracias al ministerio del obispo recuperamos la conciencia —si es que la hemos perdido— de que pertenecemos a una iglesia particular, la de Segovia, en la que se realiza sin ninguna carencia la Iglesia de Cristo. Tenemos todo lo que necesitamos para la salvación y lo ofrecemos a los demás gratuitamente. Somos felices dando lo que hemos recibido y transmitiendo la fe que da sentido a nuestra vida.

Si vivimos esta comunión entre nosotros, con los sacerdotes y con el obispo, nuestra diócesis será misionera, porque la comunión no nos encierra en nosotros mismos para disfrutar de modo egoísta de lo que poseemos, sino que nos lanza a la calle, a la vida pública, a los distintos ambientes, con la alegría de proclamar el evangelio a quienes no lo conocen. Así ocurrió en Pentecostés y así ocurre siempre que la Iglesia vive el don de la comunión. Me pregunto y os pregunto: la falta de espíritu misionero, ¿no se debe en gran medida a que no vivimos en la comunión con Cristo y con la Iglesia? ¿No vivimos de modo individualista nuestra fe? ¿No preferimos cerrarnos en nuestros grupos, comunidades y parroquias, olvidando que somos la Iglesia que camina en Segovia? Ninguna parroquia se sustenta en sí misma, ni vive para sí misma, del mismo modo que la Iglesia no vive para sí sino para la humanidad. Por eso el Papa nos invita a salir, a misionar en las periferias, a meternos como levadura en la masa de la sociedad. La Iglesia, y el cristiano, vive para el mundo y para que el mundo se convierta en Iglesia, Pueblo de Dios.

El obispo tiene como misión abrirnos a la totalidad de la Iglesia y alentar el espíritu misionero que el Espíritu encendió en el corazón de los apóstoles. Si vivimos unidos, el fuego del Espíritu no se extinguirá porque formaremos la hoguera que lo mantiene siempre vivo y ardiente.

3. Creer, celebrar, testimoniar.

La comunidad cristiana, y el cristiano en particular, están llamados a confesar la fe recibida de los apóstoles, a celebrar los misterios que la constituyen y a dar testimonio mediante una vida coherente con la fe. En la visita pastoral, el obispo es un servidor de la fe de los cristianos a quienes ayuda a mantener la integridad de la fe, a celebrarla con fidelidad y alegría y a vivir de ella cada día. La fe no es una realidad abstracta, sino las verdades sobre Dios, el hombre y el mundo que hemos recibido de Cristo y tenemos que hacer vida diaria: creer es algo muy concreto, pues, al aceptar que Cristo ha muerto y resucitado por nosotros, debemos vivir como redimidos por él, imitando su misma vida. No se trata de una imitación externa, sino de hacernos cada vez más semejantes a él, apropiándonos de sus sentimientos, su forma de pensar y de sus actitudes internas. La imagen de Cristo, que en el bautismo, ha quedado impresa en nuestro ser, debe desarrollarse, crecer y alcanzar la madurez cristiana. Esto significa la frase repetida en la Escritura: «El justo vive de la fe».

La caridad nos urge a no acomodarnos a la forma de vivir de quienes no creen en Dios o viven de espaldas a él. El Papa Francisco llama a esto «mundanidad espiritual» que consiste en «buscar, en lugar de la gloria del Señor, la gloria humana y el bienestar personal» (EG 93). Se entiende así la necesidad que tenemos de formarnos en la fe, mediante la catequesis, la escucha de la Palabra de Dios, la formación permanente, que purifica imágenes equivocadas de Dios y de los misterios que celebramos. Con esta formación evitaremos

también las desviaciones de la piedad popular, que pueden reducir las fiestas cristianas a fiestas populares carentes de contenido y de expresión religiosa. ¡Cuántas veces damos más importancia a estas fiestas de devoción popular que al domingo, el eje sobre el que gira toda la liturgia de la Iglesia y que actualiza cada semana la muerte y resurrección de Cristo! La comunidad cristiana debe revitalizar el sentido del domingo, celebrarlo con solemnidad y alegría y convertirlo en el centro de la piedad y de la misma vida familiar y social.

Sólo si confesamos y vivimos así la fe, seremos testigos de Cristo en la sociedad y estaremos siempre dispuestos a dar razón de nuestra esperanza (cf. 1Pe 3,15). La gente de hoy no espera de nosotros discursos, ni argumentos abstractos sobre la fe, sino «signos» de Dios y gestos de la nueva humanidad que Cristo representa. Quiere ver a Dios en quienes nos llamamos cristianos. Busca respuestas convincentes a los problemas que les preocupan sobre la vida y la muerte, el amor y el trabajo, el matrimonio y la familia, el bien y el mal. Busca sobre todo la presencia de quienes encarnan en su vida la fe que profesan con los labios y son testigos de una vida nueva que todos, aún los que no creen, desean poseer (cf. LF 38). ¡Queridos cristianos de Segovia: vivid así y nuestra Iglesia será misionera y encenderá en otros la luz de la fe!

Este testimonio de vida se hace elocuente en la caridad con los más pobres que son los predilectos del Señor. La Iglesia se ha mostrado desde sus orígenes como la casa abierta a las necesidades de todos los hombres, el lugar de la comunión no sólo de bienes espirituales, sino materiales. Es el hogar de la misericordia donde cualquier sufrimiento, tristeza y necesidad reciben respuesta en quienes, como Cristo, viven la compasión, como signo de su unión con toda la humanidad. La comunión en la fe es inseparable de la comunión fraterna con los necesitados.

4. El valor de una comunidad cristiana

En Segovia existen muchas parroquias pequeñas, con pocos habitantes. En su momento fueron más numerosas pero la